

MISA DEL 1º DE ENERO. SANTA MARÍA “MADRE DE DIOS”

1. El Introito: *Salve, sancta parens*

Sedulius ; Ps. 44, 2, 11, 12.

S Alve *sancta Pa- rens, e-ní- xa pu-érpe-ra

Re- gem, qui caelum terrám- que re- git in saé-cu-

la sae-cu- ló- rum. *T. P.* Al-le- lú- ia, al-le- lú-

ia. *Ps.* E-ructávit cor me- um verbum bonum : di- co ego

ópe-ra me- a re- gi. *Ant.*

En esta fiesta de María, Madre de Dios, la Iglesia hace manifiesto el famoso principio: *Lex orandi, lex credendi*, es decir, lo que la Iglesia ora y canta es lo que la Iglesia cree y profesa. Y lo que hoy canta es un saludo a la “Madre de Dios”. Este nombre tan particular que recibe la Madre de Jesús ya es testimoniado por oraciones que los cristianos de Egipto dedicaban a María (*Sub tuum praesidium... sancta Dei Genitrix - Theotókos*-) dos siglos antes de que se reconociese oficialmente ese título de ser la Madre de Dios, en el Concilio de Éfeso (431). Por otra parte se trata de un nombre dado a María que permite definir la magnitud del Misterio celebrado en Navidad: no sólo es Madre de Jesús. Es Madre de Dios. Quien nace en Belén es el Hijo de Dios, hecho hombre. Sabemos que para la Iglesia este título de “Madre de Dios” fue el fruto del reconocimiento de que Jesús es la persona divina del Hijo, y no la asunción por parte de Dios de una persona humana. Este reconocimiento fue oficialmente promulgado por el Concilio de Éfeso, sin embargo tenemos ese testimonio de mitad del siglo III por el cual sabemos que los cristianos en Egipto ya profesaban una Fe ortodoxa, expresada en sus cantos.

Este Introito es un saludo: *Salve!* De este modo se une al saludo inicial de toda Eucaristía, que no se reduce a un saludo por parte de quien preside a la asamblea presente. Es un saludo-*confessio* a la presencia, en medio de la Asamblea, de todo el Cuerpo de Cristo presente, de la Trinidad que obra en la historia de la salvación que es el mismo Misterio Eucarístico de Cristo, al cual hoy se une un saludo especial a la Virgen, diciéndole como en la *Salve Regina: Salve, sancta Parens!* Para ello toma su texto de un poema de Sedulio (420, autor del *Poema Pascual*). El texto hace clara referencia a María “Madre de Dios” y, como texto no bíblico (extraño en la tradición latina), recibe por la liturgia toda la fuerza de contener la inspiración del Espíritu de Cristo.

La melodía de este Introito copia, de un modo intencional, la melodía del Introito de Epifanía: *Ecce advenit Dominator* (Mt 3,1). Toda la majestad de la Epifanía, del Nacimiento de Cristo como manifestación divina, ahora es traspasada, con la misma melodía, a María con este saludo inicial: *Salve sancta Parens* (Salve, santa madre). Esa *gravitas* con que hoy la Iglesia celebra a María, Madre de Dios, no es solo por la figura de su Hijo, sino también por ella misma, en la cual se realiza el Misterio tal como lo enunciaba san Pablo: *Cristo en nosotros, esperanza de la Gloria* (Col 1,27), es decir, Cristo en María. Hoy, María no es simplemente la afectuosa “*Mater misericordiae*”. Hoy es la Mujer llena del esplendor de la que dice el Cantar de los Cantares: *Quién es esa que viene del desierto...*

Y es esta Mujer, cargada de esplendor y majestad la que lleva en su seno al Rey (*enixa Regem*), Cristo. Esta figura de Cristo como Rey es la misma de la que se canta en Epifanía: *Ecce advenit Dominator Dominus... et regnum in manu eius* (y el reinado está en su mano). Superponiendo las dos piezas podría decirse que, fuera del saludo inicial, el resto, en las dos son un canto a la figura de Cristo como Rey, diciendo casi las mismas cosas y con la misma melodía. En un caso ese Rey es el niño a quien adoran los Magos, en la fiesta de hoy es la niña (*puerpera*), que lleva en su seno al Rey.

Sin embargo, el gran matiz que da la fiesta de hoy está en que ese Señor, Dominador, que en la Epifanía parecía venir solo (*Ecce advenit*), ahora viene del seno de María, la

que en verdad lo “trajo”. No vino solo, por sí mismo, vino como Hijo, en un caso, engendrado por el mismo Dios Padre, hoy, engendrado por María.

Para expresar toda esta riqueza se ha elegido este modo 2 que despliega todo el potencial teológico que lo caracteriza, ya que al moverse por encima y por debajo de su Fundamental RE hace converger en la unidad el mundo de lo humano y de lo divino. En efecto, en ese centro, que es su Fundamental RE, la segunda frase musical hace converger los dos planos, el humano y el divino (*qui caelum terramque*). En la Epifanía esa melodía consolida la figura de Cristo que recapitula todas las cosas en él. Hoy, es en María en quien se unen lo humano con lo divino, tal como dice san Pablo, “cuando llegaron la plenitud de los tiempos” (*Ga 4,4*).

2. El *Alleluia: Post Partum*

4. **A** L-le-lú-ia. * ij.

∇. Post par-tum, Vir-

go invi-o-lá-ta permansí-sti: De-i Gé-

nitrix inter-

cé- de * pro no-bis.

Este *Alleluia*, muy particular en la tradición gregoriana por su escasa tradición manuscrita, canta a la “Madre de Dios” (*Dei Genitrix*), pidiéndole su intercesión. Otra vez, como en el Introito, nos encontramos con un texto no bíblico. Y, otra vez, la *lex orandi* es muy clara ante la maternidad divina (*Dei Genitrix*), y su parto, el cual fue comparado a la luz que se comunica atravesando los espacios sin dañarlos.

Tanto el *Alleluia* como su versículo se desarrollan dentro de la tonalidad más rica que puede asumir este modo 4: todo gira en torno a la Fundamental MI. Todo el Misterio de Cristo está allí presente, como encerrado en esa nota Fundamental, que es donde coloca musicalmente a la Virgen que da a luz. Es otra vez el Misterio de Cristo, como lo define san Pablo: “Cristo en nosotros, esperanza de la Gloria” (Flp 1,27). Cristo en María, que lo da a luz para el mundo.

Se dice de este modo 4 que manifiesta la luz del Misterio respetando su oscuridad, tal como fue siempre la experiencia de los grandes místicos de la Iglesia. En este momento de la celebración eucarística, antes de la proclamación del Evangelio, la Iglesia se prepara a la escucha del Misterio de Cristo con este canto que expresa tan bien musicalmente este momento de la celebración.

La primera frase: *Post partum Virgo inviolata permansisti (después del parto Virgen, permaneciste inviolada)* está toda tejida en torno a la Fundamental MI, donde está el reposo de este modo 4. Por otra parte la carga de notas que recibe cada sílaba, igual que en el *Alleluia*, le da una gran serenidad y lentitud al conjunto, que en todo movimiento, aunque se aleje tres notas, busca volver al reposo en el MI.

Sin embargo, todo ese encierro podría parecer esterilidad, tanto la melodía -que casi no sale de su cuerda tónica- como lo que expresa: la virginidad de María, todo podría ser, como en el Antiguo Testamento, la infecundidad, que pasaba a significar una maldición divina. Pero, en María, esa virginidad, esa aparente esterilidad querida, “consagrada” según la tradición de la Iglesia, como dice Louis Bouyer¹, es símbolo de la humanidad que renuncia a toda pretensión de buscar la vida por si misma, como lo hace el matrimonio. La virginidad de María es símbolo de la pureza de la Fe que tiene toda su expectativa de vida puesta en Dios y en su intervención y renuncia a cualquier pretensión humana de fecundidad por si misma. Como dice Bouyer, es el mas profundo sentido de la ascesis. No es un intento de conseguir algo por el propio

¹ BOUYER L., *Le Trône de la Sagesse*, Paris 1957, cs. 3-4.

esfuerzo, sino de manifestar y experimentar la incapacidad de las propias posibilidades y capacidades.

Por eso, después de esa austeridad de la primera frase musical, en la segunda (*Dei Genitrix*) la melodía arranca con una sorpresiva subida de quinta DO-MI-SOL que sale de todos los parámetros de esta pieza. La “Maternidad Divina”, que asciende hasta el SI bemol, es el fruto de esa unión inefable del Hijo de Dios con María. Lo que parecía la esterilidad de la Virgen se transforma en plenitud de vida, de vida de Dios, en este modo 4 que tiende a concentrarse sobre su centro. Y, como sigue diciendo Bouyer, esa vida que brota de la virginidad de María, es la que realiza el misterio esponsal en la mística bíblica de comunión de lo humano con lo divino en María. Después de subir esa sorpresiva expansión del *Dei Genitrix*, que asciende hasta el SI bemol, la melodía vuelve hasta la Fundamental, que es su fuente. Sin embargo vuelve a repetir el arpeggio DO-MI-SOL: se trata de un verdadero dar a luz desde ese núcleo íntimo donde esta musicalmente colocada María en la Fundamental MI.

Después de esa expandida “manifestación” musical del engendramiento que llega rápidamente hasta el SI, ahora en forma muy recogida vuelve otra vez a la cadencia sobre el MI. Desde allí vuelve a realizar la misma ascensión al LA-SI, para volver otra vez, pausadamente a la Fundamental, que es el Trono donde está María.

En la última expresión: *intercede pro nobis* la melodía retoma la serenidad del *Alleluia* y parte con un movimiento cadencial, del FA al DO y, desde allí, reproduce la melodía del *Alleluia*, toda centrada en su Fundamental MI y las pocas notas que la rodean.

3. La Comuni3n: *Exsulta*

IV

E X-súlta * fí-li-a Si-on, lauda fí-li-a Ie-
 rú-sa-lem : ecce Rex tu-us ve-nit sanctus, et Sal-
 vá-tor mun-di.

The image shows a musical score for the antiphona 'Exsulta'. It consists of three staves of music. The first staff begins with a large 'E' and the text 'X-súlta * fí-li-a Si-on, lauda fí-li-a Ie-'. The second staff continues with 'rú-sa-lem : ecce Rex tu-us ve-nit sanctus, et Sal-'. The third staff ends with 'vá-tor mun-di.' The music is written in a style typical of Gregorian chant notation, with square neumes on a four-line staff. The key signature is one flat (B-flat), and the time signature is common time (C). The Roman numeral 'IV' is placed above the first staff.

Esta antífona, tomada del profeta Zacarías (9,9), es un llamado a la Virgen María a exultar por la llegada de su Rey. En este momento de la liturgia eucarística el gozo y exultación del alma por el encuentro con Cristo son traspasados a María. Este texto no ha sido tomado de la Vulgata, sino de alguna versión de la Vetus Latina. Otra vez nos encontramos con una melodía de modo 4, pero que esta vez recurre a toda su capacidad expresiva de gozo y alegría de una manera que le es propia: recatada y sobria, interior.

La primera frase está compuesta de dos llamados en paralelo dirigidos a Israel como “hija”:

<i>Exsulta filia Sion</i>	<i>Lauda filia Ierusalem</i>
---------------------------	------------------------------

Como es la naturaleza misma de todo paralelo, se está diciendo lo mismo, de manera diversa. Es un llamado al gozo y exultación que, si lo miramos detenidamente en su expresión melódica, cada palabra se corresponde musicalmente en las dos partes del paralelo, casi con las mismas figuras y neumas, pero solo que lo hace de una tonalidad más aguda. Por eso los dos imperativos: *exsulta* y *lauda* deben tener un expresión cuidada e intensa. Luego la figura de la *filia*, en la dos partes lleva la melodía a su máxima expresión, para luego comenzar la cadencia, sea en *Sion* como en *Ierusalem* llevando al reposo sobre la Fundamental MI, con dos *torculus* muy bien estructurados, y que se volverá a repetir al terminar toda la pieza.

La segunda frase, tal como sucedía en el *Alleluia*, hace una rápida subida a la Dominante para presentar al Rey (*ecce Rex tuus veniet*) que viene. La pieza sale del ámbito de atracción que ejerce en el modo 4 el MI grave, para desarrollarse en torno al LA. Allí está el Rey, “santo” y “Salvator” (= *Iesus*), que desciende y viene otra vez hacia la Fundamental, donde está la “hija de Jerusalén”. Pero, en contraposición con la “hija de Sion”, este Salvador, con la misma figura con que musicalmente se presentó a Sion y Jerusalén (un *tórculus* majestuoso), viene “para todo el mundo” (*Salvator mundi*), manifestando así, otra vez, toda la fecundidad contenida en su seno.